

MARIA.

I.

¡Qué grande, qué inmenso es el poder del Príncipe de los mundos!....

De oro es el alcázar que habita; perlas y záfiro ostentan sus paredes miríficas, sus salones bellos, sus bóvedas suntuosas.

El ropaje que le circunda irradia fulgentes rayos.

Y su voz conmueve los orbes, y su presencia alegra el Empíreo, y sus ojos despiden raudales de claridad que todo lo alumbran.

Millones de espíritus están pendientes de su voluntad.

Y tiene por alfombra el firmamento, tachonado de espléndidos soles.

Y recorre los espacios, precedido de querubes que tocan liras de nácar, derramando suaves armonías.

El hace estallar el trueno: las tempestades rujen á su menor señal.

Emisarios celestes baten ante sus régias plantas sus alas de gasa, confundidos con los resplandores de su majestad.

Y le rinde homenaje la creación, obra de su sabiduría.

Y las flores, mostrando sus colores, sus gracias, sus encantos, le envían el aroma que poseen.

Y los seres todos bendicen á su Hacedor, reconociendo su soberanía.

II.

Infinita es la bondad del Señor invisible.

Un pensamiento grande concibió su mente divina: la formación del hombre.

El barro fué el material de que se valió.

Y para enriquecerle y sublimarle le hizo á su imagen y semejanza.

Por eso su alma, centella de su esencia, es imperecedera, incorruptible, inmortal.

¿Hay algo que pueda compararse con ese tesoro que la criatura encierra?

No.

Los bienes, las riquezas, las humanas dignidades, son cosas despreciables.

Y el hombre, á pesar de tantos honores, de las mercedes que le regaló el Bueno, el Justo, manchó los claros timbres de su grandeza.

¡Qué ingratitud!... ¡Qué monstruosidad!... ¡Qué locura!...

Rebelóse contra su Protector, por quien era rey de la naturaleza.

Le había dado un código para que le observara, y no lo hizo; rasgó sus preciosas páginas, que encerraban la ley de su Criador.

Sintió tamaña ofensa el Monarca Supremo, y fulminó tremendo anatema contra el primer rebelde, é hizo estremecer con su vibrante espada la deliciosa mansion del culpable.

La humanidad empezó á sufrir las consecuencias de su apostasia.

Innumerables males produjo, en efecto; el crimen del Paraíso.

La copa del dolor era apurada por la raza prevaricadora.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Pero Jehová, clemente y piadoso, había prometido, en obsequio de los hombres, enviar á su Hijo á la tierra.

Y así se realizó.

Y Jesús, el Dios-amor, abandonó su sólio de esmeraldas, y se despojó de los esplendores que le cubrían.

Y se vistió con el traje de la naturaleza humana.

Nació de una Mujer pura, santa, bendita, de la segunda Eva, que había de reparar los desórdenes de la primera.

Mecióse su cuna en un duro lecho, entre unas miserables pajas, en el suelo de un portal humilde.

Y predicó una doctrina augusta, y derramó el bien, y murió en una cruz, dejando á la humanidad una joya de incomparable mérito.

III.

No se ha visto en la tierra criatura mas perfecta que la cándida azucena del Gólgota.

La aurora la acarició con sus primeros rayos, cuando vió la luz del día; y el cielo se engalanó con arborescencias de oro, con primorosos festones, con elegantes gasas.

Era mas hermosa que los serafines, mas pura que la sonrisa de la inocencia, mas suave que el murmullo de las rosas, mas benigna que la brisa de mayo.

Las auras jugueteaban con su lindo cabello, y besaban su donoso rostro, que resplandecía con los encantos de la belleza.

Y de sus labios fluían raudales de dulzura, elevados conceptos, inspiradas frases, palabras que fortalecían los ánimos.

Y la fragancia que exhalaba no podía compararse con la modesta violeta, el airoso jazmín, el gallardo lirio.

Y su acento era mas sonoro que el del ruiseñor, y mas esbelto que la palma su talle, y su tez mas tersa que el bruñido mármol.

Las aves gorjeaban á su rededor, entonando melodiosos himnos.

De júbilo susurraba el bullidor arroyo, deslizándose apacible por entre amenos campos, que ofrecían los variados matices de sus plantas lozanas.

Y el mar sacudía su verde melena, y movía mansamente sus ondas y dibujaba el nombre de María con su blanca espuma.

Y las flores se estremecieron alegres, y desplegaban sus pintadas hojas, y le enviaban en alas del céfiro su delicado aroma.

Y el universo entero confesaba sus glorias, y admiraba la tierra las gracias de la hija predilecta del Altísimo.

IV.

Bellísima, en verdad, es la historia de María.

Corrió siempre, asistida de lo alto, por los senderos de la justicia.

No había acción buena que no ejecutara, virtud que no poseyese, sacrificio que no hiciera.

Con sumo cuidado guardó los divinos preceptos.

Nunca desobedeció al Altísimo.

Jesús era su embeleso, su todo; y en su faz, bella, risueña, encantadora, imprimiera tiernos y dulces ósculos.

¿Qué gerarquía podía ponerse en parangón con la de María?...

Ella había llevado en su seno al Monarca de los orbes.

Ella le estrechó en sus brazos, le colmó de caricias, re-

AÑO XXIII. 8

cibió sus enseñanzas sublimes, tomó parte en sus trabajos. Ella asistió á la ejecucion de la Santa Víctima.

V.

Poderoso es el valimiento de la Virgen Pía.

La Iglesia, reconociendo su patrocinio, enriqueció su preciosa diadema con nuevos florones.

Es depositaria María de los tesoros divinos; y por eso llena de gozo, derrama con mano pródiga el benéfico rocío de sus finezas.

¿A quién sino á esta escelsa Virgen, se deben los triunfos de la verdad sobre el error?

María fué la que abatió el orgullo de los Nerones, é hizo fracasar los planes de los Enríques, y destruyó falanges impías.

Los oprimidos invocaban su proteccion, y sus ruegos eran escuchados.

Y veíanse desaparecer los colosos del mundo, y desplomarse los imperios del despotismo, y hundirse los edificios erigidos á la soberbia.

Y las coronas, envilecidas por el crimen, desprendianse de régias sienes, y eran profanadas por el polvo.

Porque la influencia de María se dejaba sentir de una manera admirable.

¿Cuántos combates no ha sufrido el catolicismo?....

Mirad esa legion de gigantes, que parece sostienen el mundo.

¿Qué quieren? ¿Qué pretenden? ¿Qué pensamientos les dominan?...

Pero no hay necesidad de preguntarlo, porque basta observar sus actos.

Desean matar la idea cristiana, borrar de la historia el gran suceso del Calvario, destruir el alcázar majestuoso de la religion.

Pero son impotentes sus esfuerzos.

La herejía es confundida, la filosofía es refutada por varones católicos, la fuerza bruta aniquila sus propias obras.

Si.... porque María, la Madre del Legislador Supremo, abate la cerviz de los verdugos de la humanidad.

VI.

¿No os sorprenden esas grandes figuras que brillan en el cielo de las ciencias?...

¿No admirais los hechos de los paladines de la fé, que ornaron sus frentes con laureles inmarcesibles?...

¿No os cautivan los escritos de los egregios campeones de la verdad católica?...

¡Ah!... Todos recibieron señalados dones de María, de esa augusta Capitana de las huestes cristianas.

Bajo su manto de estrellas se cobijaban, y á sus altares acudían, y á sus plantas caían de rodillas.

¡España!... ¿Qué pueblo tan favorecido de la Inmaculada Princesa!...

La patria de Pelayo es, sí, la nacion mas mimada de la Soberana de la eternidad.

María sostuvo el brazo de nuestros guerreros.

Covadonga, San Quintín, Lepanto, Granada, las Navas de Tolosa, nos recuerdan el poder de la ilustre Virgen.

En la lid memorable de siete siglos, ¿no fué humillada la Media Luna por la Cruz escelsa?

Ileso salió el sagrado lábaro de tan sangrienta lucha, porque María sostenía los fueros de la religion.

Los bravos la invocaban en el fragor de las lizas, y adornaban su pecho con su imágen, y la llevaban en sus banderas.

¿Quién animó á nuestros soldados en la reciente campaña con el imperio de Marruecos?...

¿Quién les comunicó ese valor que los hizo invencibles?..

Una série de acciones gloriosas alcanzó el ejército cristiano.

Y ese pueblo bárbaro, fanático, supersticioso, confesó nuestra pujanza.

¿Y qué habia de suceder?... María peleaba á nuestro lado, y la causa de la justicia triunfó.

VII.

¿Qué creyente, qué amante de la doctrina evangélica no recibió algun beneficio de la egregia Virgen?....

Muchas, sí, son las gracias que derrama sobre las almas que en ella confían.

Con razon es llamada la abogada de los débiles y la protectora de los que gimen.

VIII.

Tu patrocinio es grande, ¡oh María!

Pío IX devora terribles angustias.

Os ama.

Con gran júbilo del mundo católico ha elevado á la categoría de dogma el misterio de tu Concepcion Inmaculada.

No le desampareis, hoy que sus enemigos le martirizan.

Haced que se disipen, Virgen Santa, las nubes que ennegrecen el horizonte de la Iglesia.

Que el Pontificado, tan perseguido, triunfe pronto y adorne su frente con nuevos trofeos, de sus eternos contrarios.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

LA AMERICA TAL CUAL ES.

(Continuacion.)

CAPITULO V.

LAS IGLESIAS EN NUEVA YORK.—ALGUNAS CASAS HISTÓRICAS.—STATEN-ISLAND.

Habíamos elegido las iglesias por primera visita porque habíamos llegado el domingo y solo se puede hacer tres cosas en Nueva York el domingo. Ir á los oficios, enterrar á los amigos y apagar los incendios. Felices los neuyorkien-ses que pueden en un mismo domingo llenar sucesivamente estas tres importantes funciones. Como Tito, pero con otros títulos no pierden su día. ¿Qué sería de los habitantes de la ciudad imperial si se viesén reducidos á solo los oficios divinos, y sino tuviesen para pasar agradablemente las horas que les dejan libres los setecientos setenta y cinco templos, de las setecientas setenta y cinco diferentes sectas protestantes, el entierro de sus amigos, y el apagar el fuego de las casas! Esto sería morir de fastidio, porque por mas que se diga, la lectura de la Biblia, cuando no se lee mas que la Biblia, concluye por disgustar. Afortunadamente allí están

los amigos para hacerse enterrar en domingo con una banda de música á la cabeza, y hay siempre en Nueva York una ó muchas casas que apagar con la bomba en los días feriados, así como tambien en los días de trabajo.

Antes de las ocho de la mañana nos habíamos levantado sir James y yo. A las ocho vino el gong con su redoble infernal á anunciar á los habitantes del hotel que debían tener hambre. De todos los órganos, siendo el estómago el mas complaciente, yo que jamás me desayunaba en París antes del medio día, hice como todo el mundo en Nueva York, almorzando á las ocho de la mañana.

Como en la comida de la vispera vi en la mesa señoras en gran traje de baile. La manía de las americanas, como la de las inglesas, es el presentarse descotadas. Para hacer admirar sus blancas espaldas aprovechan todas las ocasiones, y se descotarian sin ocasion alguna por amor al arte. Es llevar un poco lejos el amor al arte, tal vez, pero no soy yo un pintor, el que debe reconvenir por esto al bello sexo americano é inglés; así es que jamás he pensado en quejarme de ello.

Al terminar el desayuno se nos presentó Arturo.

—Y bien, Arturo, le dijo el coronel ¿ha reflexionado vd. si debe aceptar el ser nuestro guia?

—Aun no lo he reflexionado, aunque he pensado mucho en ello.

Bajamos del hotel por la grande escalera. Bajo el peristilo, unos negros con una escoba en forma de abanico en la mano nos detuvieron el paso para cepillar, ó para hablar con mas exactitud, para barrer nuestros vestidos. Páreceme bastante original esta costumbre.

La primera iglesia que se ofreció á nuestras miradas y que es tambien la mas bella de cuantas existen en Nueva York, fué Trinity Church. Los neuyorkienses, que no conocen nuestras iglesias católicas de Europa, consideran á Trinity Church como una obra maestra. Citan con orgullo su flecha que mide doscientos sesenta y cinco pies de elevacion. Francamente hablando, Trinity, edificada en el estilo gótico, no es una iglesia, sino un simple campanario. En cuanto á su interior tiene toda la fina austeridad de los templos protestantes. El único detalle que me llamó la atencion fué el púlpito. Este púlpito era movable y rodaba sobre un pequeño camino de hierro circular cuando el ministro queria predicar. Así hay caminos de hierro por todas partes en los Estados Unidos, hasta en las iglesias. No falta mas que establecer á la puerta del templo un tren llamado *Religion* para trasportar á los fieles desde su casa á la iglesia, y desde la iglesia á su casa. Esta idea burlesca en Europa pasaría por muy natural en América, en donde hemos dicho que es desconocido el sentimiento del ridiculo.

—Señores, nos dijo Arturo, el que ha visto una iglesia las ha visto todas, no solo en Nueva York, sino en todas partes de los Estados Unidos. Aquí los arquitectos no tienen que hacer grandes esfuerzos de imaginacion. Además siendo las iglesias por lo comun construidas por simples particulares, en vista de la buena colocacion de su dinero se las edifica lo mas barato posible. Antes que todo es preciso hacer valer lo mas que se pueda sus fondos. Así es que las tres cuartas partes de las iglesias americanas son de madera. Las demás son de hierro ó de piedra; todas ellas se componen exclusivamente de un campanario coronado de una flecha. A esto llaman estilo gótico los americanos. Yo creo que es una imitacion demasiado exacta de la arquitectura monumental de los bollos de Saboya. ¿Con que es decir, dijo sir James, que vd. nos aconseja que limitemos á Trini-

ty la visita que habíamos proyectado á las iglesias de la ciudad?

—Yo no he dicho eso, replicó Arturo, porque si las iglesias son uniformes en lo exterior, ofrecen en lo interior, segun la secta á que pertenecen, el espectáculo mas variado, y muchas veces tambien el mas curioso. Tienen vds. para elegir las sectas siguientes: morava, presbiteriana, universal, judía, reformada, protestante, cuáquera, luterana, unitaria, mormona, romana, metodista, baptista, episcopal millenaria, congregacionalista, schaker, calvinista, svedenbogiense, dunker, bacheloriana, bautistas liberales, bautistas pacíficos, bautistas arrepentidos, cristianos libres, glasistas, baptistas separados, baptistas puritanos, baptistas rigurosos, baptistas de la gloria, baptistas populares, baptistas escoceses, baptistas brazo de hierro, baptistas de los siete días, baptistas azules, baptistas negros, cristianos rebautizados, cristianos de la victoria, reformados alemanes, anglicanos, hermanos de la unida, wologenses, discípulos de Rougé, seeklers, baldalistas, scandomanianos, conexionistas nuevos, antiguos romanianos, inghamitas primitivos, hermanos del destierro, hermanos de Plymouth, agapemonitas, mugletonianos, nuevos iluminados, nuevos socinianos, huntigonianos, whiffoldistas, estériles del Norte, fecundos del Mediodía, banamodis, bautistas habladores, bautistas mudos, temblones de la edad de oro, saltantes redencionistas, griegos, patriarcas de Jerusalem, patriarcas de Alejandria, patriarcas de Antioquia, nestorianos, georgianos, griegos de Rusia.... perdonenme vds., señores, añadió, lo mas sencillamente del mundo Arturo, si limito á esto la nomenclatura de las sectas que florecen en Nueva York, pues me falta en este momento la memoria.... ¿Por dónde quieren vds. que comencemos?

—Creo que debemos fiarnos á la suerte.

La suerte nos sirvió maravillosamente. Entramos desde luego en un templo perteneciente á una de las innumerables sectas que acabamos de mencionar de los Estados Unidos, y he aquí lo que vimos.

Hallábanse los fieles sentados todos en unas banquetas de madera, y parecían hacer exámen de conciencia. No se presentaba ningun sacerdote en escena. Era completo el silencio. Aguardamos algunos minutos sin sospechar lo que iba á suceder. Comenzaba ya á impacientarse el coronel y tenía trazas de quererse retirar, cuando uno de los sectarios se levantó encima de su silla dando un profundo suspiro. Casi inmediatamente se levantó á su vez y se puso sobre su silla otro adepto, y como el primero se puso á lanzar un profundo suspiro. Luego fué otro y muy pronto todos los sectarios se pusieron de pié y á suspirar á mas y mejor. A los suspiros sucedieron los sollozos que se cambiaron en verdaderos gemidos. Añadieron algunos á sus gemidos gestos de desesperacion. Parecióme hallarme en una asamblea de locos. Presto, sin embargo, se aplacaron las quejas y los suspiros y volvieron los sectarios á sentarse en sus respectivas banquetas. Se restableció el silencio tan profundo y completo como antes, y un rayo de felicidad se pintó en el rostro de aquellas buenas gentes.

—¿Qué acaban de hacer? pregunté yo á Arturo.

—Acaban de arrepentirse.

—¿Y qué, dijo sir James, no saben arrepentirse sin berrrear como becerros?

—No, respondió Arturo, y el que en silencio se arrepiente es considerado por ellos como un detestable cismático indigno de la clemencia del cielo.

Salimos de allí.

—Acaba vd. de ver, dijo Arturo, la secta que podríamos llamar de los ruidosos arrepentidos, ¿quiéren vds. ver la secta de los temblones? Yo conozco el establecimiento por haber ido allí muchas veces los domingos á estas horas que no sabia en qué ocuparlas.

Entramos en una iglesia adornada como lo están las iglesias católicas. Oficiaba en el altar un sacerdote.

—Se ha equivocado vd., le dije á mi guía. Esta iglesia pertenece al culto católico.

—Verdad es, á fé mia, pero solo me equivoco á medias



Iglesia de la Trinidad, en Nueva York, tomada de Wall Street.—Dibujo de Thorigny.

porque no hace mas de un mes que este templo lo tenían los temblones.

Habiéndonos informado, supimos que el propietario de aquella iglesia habia sido primero ministro luterano, luego se habia hecho ministro presbiteriano, despues episcopaliano, mas tarde de la secta de los temblones, y últimamente sacerdote católico.

No hay que admirarse de esta série de conversiones y de abjuraciones. Son bastante frecuentes en los Estados Unidos donde se cambia de religion sin el menor escrúpulo cuantas veces la conciencia le inclina á uno á una nueva doctrina. No quisiera decir que el interés no tiene parte en estas conversiones nunca, sobre todo cuando como en el caso presente, el pastor con tanta frecuencia convertido, es

propietario de la iglesia donde oficia él mismo. Misterios son estos de conciencia que no tratamos de sondear. Lo cierto es, que los americanos, hombres de negocios antes que todo, están muy distantes de ser escrupulosos en materia de religion. Por ejemplo, consideran como una cosa muy natural el utilizar las iglesias arrendándolas, ora para dar conciertos, ora para dar lecturas ó servir de reunion á una junta de accionistas. Eso es lo que con razon ha hecho decir que el Dios de los dioses es allí el Dollard y su culto es universal.

Están tan próximos los templos* unos á otros en Nueva

York, que pudimos visitar muchos otros en aquel mismo dia, especialmente un templo de temblones que nos enseñó Arturo como uno de los mas curiosos. Los temblones que observamos no tienen predicadores nombrados. El que se siente animado por el Espíritu Santo toma la palabra, y es deber de todos los demás sectarios el escucharle hasta el fin. Para provocar al Espíritu Santo á que baje entre ellos, despues de una invocacion dirigida en comun se ponen todos á temblar. Cuanto mas tiemblan mas en su opinion están aptos para recibir la santa inspiracion y las luces del Altísimo. Las mujeres tiemblan como los hombres, y ese tem-



Predicador negro.

blor general* dura hasta que uno de los adeptos se siente inspirado. Entonces cesan de temblar todos los demás y escuchan sus palabras. Inútil es añadir que las tres cuartas partes de los que se creen inspirados son cerebros mas ó menos desorganizados y que naturalmente se resienten sus discursos de este estado. En este dia fué una vieja la que se creyó inspirada por el Espíritu Santo. Dijo tales, y tantas cosas, y en una lengua que no era la suya, que nos probó que estaba tocada de la cabeza.

De los temblones pasamos á los cuáqueros, despues de haber oido á los metodistas cantar el falsete y haber tratado,

aunque en vano, de penetrar en una iglesia católica, únicamente frecuentada por criados irlandeses, empero que se hallaba atestada de gente.

Los cuáqueros que creieran ofender á Dios si temblasen para llamar sobre sí las gracias del Espíritu Santo, creen servirle convenientemente tumbándose panza abajo para implorar el mismo favor. En efecto, en esta posicion se colocan antes de predicar. Entonces se ilumina su espíritu y usan fácil y elocuentemente de la palabra.

De todas las sectas religiosas en América, los cuáqueros son los únicos que llevan en la calle un traje particular. Los

sacerdotes católicos mismos se visten como todos los ciudadanos legos, sin que ningun detalle en su traje los dé a conocer y distinga de los demás.

Llevar los cuákeros anchos pantalones, zapatos gruesos, una levita larga y un sombrero de fieltro negro de baja copa y anchas alas.

En cuanto a las cuákeras, han adoptado un traje con el que estaría fea aun la misma Venus de Médicis y todas las ninfas de la estatuaría antigua. Se compone invariablemente el traje de estas señoras de vestido de seda ó de lana de gris-polvo, estrecho de cuerpo y corto de talle, un schal cuadrado, cubriendo apenas las espaldas. Zapatos de becerro negro, de la forma menos graciosa posible, y por tocado ó sombrero, una especie de capota del mismo gris-polvo que el vestido y cortado esprofeso para hacerlas feas.

Sir James hizo la observacion de que en ninguna de las iglesias que habíamos visitado habia visto ningun negro cuando tantos hay en Nueva York.

—En efecto, respondió Arturo, no faltan negros en Nueva York, empero no son recibidos en las iglesias, como tampoco lo son en los teatros, en los ómnibus, en los wagones del camino de hierro y en los vapores en donde oran, se divierten y viajan los blancos.

Los negros tienen aqui sus iglesias especiales, servidas por sacerdotes negros, y cuando viajan tienen sus departamentos especiales como los perros tienen los suyos. En cuanto a los teatros, les están todos cerrados y seria casi tan escandaloso el ver a un negro en el teatro como verle tratar sus derechos en una eleccion cualquiera. El uso no les permite aspirar a empleos públicos, y casi todos los ramos de industria les están vedados. Es preciso ó que sean criados, ó taberneros, ó barberos. Los negros libres en Nueva York tienen sus calles propias, naturalmente las mas feas y mas súcias, tienen sus casas, tienen ómnibus sobre los que está escrito en letras gordas: *Ford colored people*, y cuando después de haber sido trasportados a hospitales especiales mueren, se les entierra en cementerios *ad hoc*, en los que un blanco, aunque fuese el mas criminal de la tierra, se tendria por deshonorado en que descansasen sus huesos. Esto no impide de ningun modo a los ciudadanos del Norte de América, justamente orgullosos de no contar esclavo alguno entre ellos, de pronunciar todos los dias en favor de los negros bellísimos discursos en los que se respira con el sentimiento de la igualdad, las virtudes todas de la mas esquisita filantropía.

Arturo nos contó en confirmacion de esto un lance recientemente allí sucedido. Una joven negra, en un estado de embarazo avanzado, no pudiendo andar hasta llegar al *cars* (ómnibus de los negros), se decidió a meterse en un ómnibus general, disimulando como pudo su rostro negro con un pañuelo blanco. Al pronto no reparó el conductor en aquella gran libertad que se habia tomado la pobre, empero en cuanto lo advirtió hizo parar los caballos y la mandó bajar haciéndola observar que los negros estaban excluidos de todos los carruajes públicos de Nueva York. En vano lloró y suplicó la pobre negra que si su presencia en el interior del carruaje era un ultraje para los viajeros, solicitaba como un favor y pagando su plaza, salir del carruaje y mantenerse de pié agarrada a la plataforma exterior. Se le negó aquel favor. La pobre mujer hizo un esfuerzo para bajarse, empero agobiada de fatiga volvió a caer sobre la banqueta. Entonces, el conductor, insensible a todo sentimiento de compasion entró en el ómnibus y la cogió brutalmente para echarla fuera de su carruaje. Aquella infeliz desolada con tanta severidad, empero no desesperando conmovier el cora-

zon de los asistentes y del mismo conductor, se puso a llorar agarrándose a la balaustrada del estribo. Impacientado con aquel retraso y animado en cierto modo por la indiferencia de los viajeros, que permanecian sordos a las desgarradoras súplicas de aquella infeliz criatura, el conductor la cogió violentamente por la cintura y la arrojó sobre la vía férrea, adonde cayó desmayada. Después mandó al cocheró que continuase su viaje.

A punto estuvo de costarla la vida esta caída a una mujer que iba a ser madre. Murió la criatura y ella tuvo que estar dos meses en cama. Era una pobre que vivía de su trabajo é intentó contra el conductor una demanda de daños y perjuicios.

El conductor confesó los hechos, y por toda defensa se limitó a decir que estaba en su derecho, y un jurado absolvió al conductor y condenó en costas a la demandante.

Después del drama la comedia.

Entramos, pues, en una de las iglesias de negros servidas por ellos mismos.

Al penetrar en esta iglesia enteramente llena de negros, un olor *sui generis* verdaderamente insoportable, el olor de la raza, estuvo a punto de hacernos retroceder. Muchas veces desde entonces he pensado si este olor asfixiante y nauseabundo no seria la causa principal del alejamiento que sentimos los blancos por los negros. Sea de esto lo que quiera, es un verdadero suplicio el hallarse encerrado con negros y fué necesario una gran fuerza de voluntad por nuestra parte para resignarnos a esto. Tapámonos las narices y observamos.

La exclusion de los negros de todas las iglesias en donde van a orar los blancos, ha perturbado de tal modo el espíritu de estos desgraciados, que muchos de entre ellos han llegado a dudar de la existencia de un solo Dios. Se imaginan que hay un dios para cada raza de hombres, y por consecuencia un paraíso y un infierno para los negros. Además pintan de negro a la imagen de los santos a quienes mas particularmente se encomiendan para trasmitir sus oraciones al Eterno. No tienen la misma imparcialidad en los santos, cuya imagen está pintada de blanco. En cuanto a los ritos que siguen son siempre de fantasia, como la lengua que hablan y todo cuanto hacen. Tuve la prueba de esto viendo officiar al negro, que después de evoluciones de las que nada fué posible comprender, tembló ligeramente mezclando así el culto de los temblones con el culto luterano, al que tenia la pretension de pertenecer la iglesia en que officiaba. Aquel temblor tenia por objeto invocar el santo espíritu: cuando el negro se halló suficientemente preparado subió al púlpito, y todos los negros se hablaron riendo y frotándose las manos en señal de satisfaccion. Todos gritaban silencio y habia una barahunda infernal. Al fin, poco a poco se restableció el silencio y el predicador pudo comenzar su sermón. Dispensarán nuestros lectores que les trasmitamos esta pieza de elocuencia que nos seria muy difícil referir con toda su sencilla y pintoresca verdad. Únicamente referiremos la parte del sermón en que el pastor negro con gestos, y un juego de fisonomía que no es fácil de imaginar, pintó a su auditorio las delicias del paraíso y los horrores del infierno.

—El infierno, dijo dogmáticamente dirigiéndose a la multitud de negros, cuyo rostro estúpidamente movable espresaba en aquel momento los sentimientos del temor y del dolor, el infierno, carísimos hermanos, es un lugar de horrible suplicio, donde hiela constantemente, donde la nieve cae sin cesar sobre las espaldas desnudas de los pecadores

condenados por todo una eternidad. Allí, hermanos míos, no hay mas que fardos de algodón, sacos de café, cajas de azúcar que Dios en su justa cólera condena á llevar eternamente á bordo de navíos que están á la carga, y que no acaban de cargarse jamás. El infierno es el tormento de los tormentos, la desgracia de las desgracias, es, para decirlo en dos palabras, el trabajo sin descanso combinado con el frío sin el hielo.

Aquí muchos negros tiritaban haciendo un gesto horroroso.

—Empero, prosiguió el predicador, si en lugar de los castigos del infierno merecieseis la clemencia del cielo. ¡Cuántas felicidades! ¡cuántos placeres os aguardan!

En aquel momento tomó el rostro de los negros un carácter de felicidad indescriptible. Muchos de entre ellos no pudieron contener las carcajadas de una risa nerviosa.

El mismo predicador se sonrió con satisfacción acariciándose la barba, y continuó:

—En el paraíso, carísimos hermanos, hace siempre calor, ese dulce calor que fertiliza las comarcas de nuestra Africa querida y hace del Senegal el paraíso de este mundo, con la diferencia de que en el cielo el calor es todavía mas fuerte y que no se trabaja nunca.

—¡Qué felicidad! ¡qué felicidad! exclamaron algunos negros dando palmadas.

El predicador continuó:

—En el paraíso, carísimos hermanos, los bienaventurados elegidos por el Señor, no están espuestos á encontrar ni fardos de algodón, ni cajones de azúcar, ni sacos de café. No hay tampoco navíos á la carga, y los negros comen sin cesar las mejores judías sazonadas con un tocino de que el mas excelente tocino de este mundo no puede dar sino una débil y miserable idea.

Muchos negros al oír estas palabras se sonrieron y hablaron entre sí. Otros se chupaban los labios en silencio.

El predicador continuó:

—Así, pues, carísimos hermanos, comparad: por un lado el infierno con sus escarchas y sus incesantes hielos, sus fardos de algodón, sus cajones de azúcar y sus sacos de café que es preciso llevar sin cesar á bordo de navíos en carga que no se cargan jamás: por otro las delicias del paraíso con su eterno calor, su perpétuo descanso y las suculentas golosinas que sabeis.

—¡El tocino! Sí, el tocino, gritaba sencillamente un negro que parecia haber ya hecho su eleccion.

Nada exageramos, todo cuanto pudiéramos inventar sobre la escentricidad de los negros en los oficios divinos seria muy inferior á la verdad misma.

Es preciso reconocer que además de la poca instruccion que los negros reciben en todas las partes de América, hay en esta raza una notable inferioridad sobre la raza blanca que los lleva á disputar y reñir sin cesar. Así sucede algunas veces, que impotente el predicador para calmar á la muchedumbre que discute ruidosamente durante sus sermones, echa una pierna por encima del púlpito y se mantiene allí á horcajadas gritando con todos sus pulmones y haciendo gestos como los antiguos telégrafos de aspas.

No sin un gran placer al salir de aquella iglesia respiramos el aire puro. Yo tenia tan metido y tan profundamente impregnado en mi cerebro el olor á la catina de los negros, que temí no se me quitase en todo el día.

Fuimos á pasear al muelle, y cuando volvíamos ya para casa oímos tocar á alarma por la campana del ayuntamiento. Algunos segundos mas tarde un ruido infernal verdade-

ramente producido por pesados vehículos rodando sobre el pavimento, y por vociferaciones que nada tenían de humano, vino á acompañar horriblemente el lúgubre tañido de la alarma. La multitud que corria por todas partes unida á la oscuridad de la noche que se habia echado ya encima nos impidió distinguir nada.

—¿Qué hay? preguntó el coronel.

—No es nada, respondió Arturo con el aire mas tranquilo del mundo. Toca á fuego, y son los bomberos que corren á apagar el incendio. Es la hora en que los domingos se comienza de ordinario á apagar en Nueva York los incendios, que este día ocurren con mas preferencia á otro.

—¿Pues qué hay días de preferencia para que se pegue fuego á las casas en Nueva York?

—Las casas son muy inteligentes para esta clase de cosas, respondió Arturo, y si vds. quieren ver como se apaga un fuego, yo les contaré despues como se prende éste.

—Acepto la proposicion, dijo el coronel.

—Pues marchemos, dijo Arturo. Así como así hubiera sido muy difícil terminar el día de un modo mas agradable.

(Se continuará).

MISCELANEA HISTORICA DE SUCESOS NOTABLES.

DE LAS JUSTAS Y TORNEOS

Y DESGRACIAS SUCEDIDAS EN ELLOS.

Los griegos tenían sus juegos gimnicos, y los que sobresalían en estos simulacros de combate se reputaban de mas consideracion y adquirían elogios y recompensas. Los romanos usaban carreras de carros y caballos para ejercitar la juventud y hacerla mas aguerrida. Los primeros establecieron tambien bailes pírricos, en donde danzaban los jóvenes armados y combatían de diversos modos para celebrar las bodas de las personas principales, y los segundos fundaron escuelas militares, segun Vejecio, en las que se instruían sus hijos desde niños en todo lo que podía adelantar su gloria. Tenían clases ó basilicas, esto es, grandes espacios cubiertos ó salas, para aprender á pelear á pié y á caballo, á nadar, á servirse de sus escudos, á despedir el dardo, á manejar el arco, á lanzar piedras y hacer fosos y empalizadas. Cuando se reconocían diestros los alistaban en las legiones, hacían juramento de fidelidad y se les marcaba el brazo derecho con un hierro candente, en el que se hallaban las dos letras M. R., que querían decir Milicia Romana, y eran confrmados por este signo, que llamaban el Sacramento militar.

Pero como todas las naciones con el tiempo mudaron el modo de combatir, inventaron nuevos juegos acomodados al modo que tenían de hacer la guerra. Entonces pusieron en uso los torneos, y Wolfio asegura que el emperador Enrique I, apellidado el Pajarero, fué su primer inventor, y que los comenzó en 930 por los consejos de Filipo, su secretario, y de quince señores y caballeros que fueron de su misma idea, y de parecer que se desterrasen de ellos por leyes públicas, los gentiles-hombres que se hubiesen aliado con mujeres que no fuesen nobles, y que se prohibiese la entrada en el palenque á los borrachos, á los cobardes, á

los ladrones y á los adúlteros. Con todo, es lo cierto que su uso es un poco más antiguo, y que el año 870 Carlos y Luis, hijo de Luis el Benigno, celebraron un torneo magnífico despues de su reconciliacion, como lo nota Nitardo hablando de estos dos príncipes, y que los caballeros franceses, alemanes, sajones, lombardos é ingleses hicieron notable este espectáculo por sus ricos vestidos, celo y destreza.

Si creemos al emperador Cantacuceno, en el libro primero de la historia de Andrónico, los caballeros de Saboya y los del Delfinado aprendieron su uso de los griegos imperiales, cando fueron acompañando á Constantinopla á la emperatriz Ana, hija del grande Amadeo; y estos torneos eran la mayor pompa de los casamientos, coronaciones y bautizos en España, Francia, Inglaterra y demás reinos de Europa, cuando los príncipes y reyes tenían que dar mesa franca á todos los que venían, ó como dice un autor antiguo, cuando había *corte llena y tonel abierto*. Allí unos y otros combatían con lanzas y espadas bien afiladas. Aquel era mas diestro y fuerte que permanecía mas tiempo en el campo y en el combate, y todos únicamente pretendían su gloria particular, el deleite de las damas, el honor de su nacion ó el divertimento de su soberano.

El rey Felipe de Valois hizo muchas ordenanzas para estos torneos, y quiso que del todo se prohibiese la entrada á los que hubiesen dicho ó hecho alguna cosa contra la fé católica, aunque fuesen de alta condicion, y á los que á lo menos no probasen su nobleza de tres generaciones por ambas líneas. No se recibía á los que habían violado su juramento, ni aquellos cuyas palabras ó acciones hubiesen mancillado el honor de su príncipe soberano, ni al traidor á su señor, ni al que le hubiera dejado en el combate, huyendo cobardemente, ó al que hubiese causado algun desorden ó turbacion en el ejército ó perjudicado á los de su partido por malicia ó aborrecimiento. También eran escluidos los que habían hecho algun ultraje á las damas, falsificado su firma ó la de otro, usado tiranía con los pobres, huérfanos ó viudas, ó vengándose de sus enemigos valiéndose de medios extraordinarios; los que habían establecido nuevos impuestos en sus tierras sin permiso de su señor; los que eran convencidos de adulterio, de pecado contra naturaleza ó de embriaguez; é igualmente no se recibía en ellos á los que vivían del tráfico y comercio ni á los que estaban aliados con alguna raza plebeya. Cuando se hallaba alguno convencido de estos delitos era castigado segun el rigor de las leyes, á proporcion de la falta, y no era la afrenta el único castigo. Al culpado segun el delito, le arrancaban el escudo, el yelmo, la espada, que algunas veces rompían azotándole y dándole golpes de plano con ella; cortaban la cincha á la silla de su caballo, y le hacían montar y correr alrededor de la barrera gritando á las señoras para escitar su compasion: *merced, merced*. Los perjuros, los traidores, los homicidas y los cobardes eran degradados afrentosamente de la nobleza y orden de caballeria. Se cortaba sobre estiércol la cola de su caballo, se rompía con martillo su yelmo y escudo, se le hacía pedazos la cota de armas y se arrojaban al aire los pedazos; su espada y lanza eran rotas con la punta vuelta hácia la tierra, y por último se le arrancaba con violencia el tahali y espuelas, con otras mil ceremonias que sería largo enumerar.

Estos espectáculos eran agradables en su principio, cuando solo se combatía con armas *cortes* ó embotadas; estaban llenos de pompa y majestad; había galanteria y destreza, y jamás corría la sangre en ellos; pero despues

que se quiso luchar á muerte con espadas cortantes ó *aceiros bien afilados*, para servirme de los antiguos términos, se verificaron horribles sacrificios; hubo abundancia de muertes por ambas partes, y no se veían sino funerales: fué necesario que los papas Inocencio y Eugenio prohibiesen su uso, que el concilio de Letran, bajo el pontificado de Alejandro III, año de 1180, pronunciase anatemas contra estos desesperados justadores, y que en el año de 1313 el papa Clemente, reinando Felipe el Hermoso, excomulgase por una bula á cuantos tomasen parte en tales asesinatos. A pesar de todo, la maternal solicitud de la Iglesia, las excomuniones, bulas y leyes no produjeron efecto; la defensa autorizó el uso de las armas cortantes, y casi no se veían en toda Europa sino formularios y ordenanzas para degollarse sin ventaja y engaño. Mas será conveniente presentar algunos ejemplos, y pues no hemos juzgado preciso seguir siempre el órden cronológico, poco importa que comencemos por el conde Godofredo, llamado Plantagenet, esposo de la princesa Mahauld, hija del rey de Inglaterra, duque de Normandia, primero de su nombre, é hijo primogénito de Foulques, conde de Anjou, de Turena y de Maine, que despues fué rey de Jerusalem por haberse casado con la hija del rey Balduino II. Poco despues que Foulques partió á Tierra Santa, aquel Godofredo celebró un torneo sobre la cumbre del monte de San Miguel en Normandia, entre los ingleses y normandos, donde se hallaron los condes de Flandes, Tibaldo conde de Blois y Estéban conde de Mortaing, todos sobrinos del rey de Inglaterra Enrique I, los cuales se pusieron al lado de los normandos; pero como conoció Godofredo que el número de los ingleses era menor que el de sus contrarios, se empeñó en el partido mas débil con todos los que le seguían. El primer choque fué terrible: las lanzas de fresno volaron hechas pedazos, unos y otros echaron mano á sus espadas, que rompieron ó embotaron sobre los escudos ó arneses de sus enemigos, y los caballos enfurecidos con los gritos de guerra, el sonido de las trompetas y el estruendo de las armas, huyeron espantados sin ser posible contenerlos. Godofredo empleó su fuerza y destreza contra los normandos: hirió á unos con la lanza, hizo perder á otros los estribos, diezmó con su espada los del opuesto bando, y viendo que su partido no era el mas feliz, animó á los suyos con las palabras y acciones, y no dió golpe que no fuese mortal: acobardados los normandos abandonaron el campo por temor de verle convertido en cementerio de todos ellos, y sostenidos por la esperanza que tenían en las fuerzas y grandeza espantosa de un gigante que había venido de la otra parte del mar á la fama de estos torneos, y al día siguiente debía incorporarse á su bandera. En efecto, alentados con tal refuerzo, desafiaron de nuevo á sus adversarios y los obligaron á renovar la lid. La vista del atlético guerrero admiró á todos los ingleses, que imaginaron que la naturaleza había juntado las fuerzas de muchos en aquel hombre solo, y que no había medio mas pronto y seguro para morir que combatirle. Pero Godofredo, que sabía bien que el valor no consiste en la estatura, montó á caballo, tomó su lanza, sostuvo el choque del gigante, á quien le falseó la silla y escudo, y del primer bote le hirió tan cruelmente, que su sangre corrió hasta la tierra. El conde se mantuvo firme en los arzones, y sin dar tiempo á su enemigo para volver en sí, le derribó de un solo tajo, y apeándose del caballo se arrojó sobre el gigante cortándole la cabeza despues de haberle despojado del yelmo, aun antes que hubiese tornado del aturdimiento de su caída.

Guillermo de Nangis, monje de San Dionisio en Francia, dice que el rey Felipe el Atrevido, hijo y sucesor de San Luis, para festejar la venida de Carlos de Anjou, príncipe de Salerno, celebró en el año de 1279 un torneo en que se halló uno de los príncipes de la sangre, cuyas armas eran tan pesadas, y recibió tantos golpes que todos se admiraron de que no hubiese perdido la vida. Mateo Paris refiere que se hizo otro muy cruel entre franceses é ingleses en el año 1270, cuando Felipe Augusto de Francia, y Ricardo, rey de Inglaterra, descansaban en Sicilia y se discordaron disputándose el poder de establecer un rey en Jerusalem, pues el primero favorecía al marqués de Montferrat y el segundo se interesaba por Gui de Lusignan, á quien había vendido la isla de Chipre. El mismo autor habla del torneo que los franceses hicieron en Londres, antes que Luis de Francia, hijo del rey Felipe Augusto se hubiese recibido y coronado rey de Inglaterra el año 1216, y dice que muchos caballeros ingleses murieron en él, y que el conde Godofre de Mandeville espiró algun tiempo despues de un golpe que recibió en la carrera. En Herfort el año de 1241, el conde mariscal Gilberto murió bajo de su caballo, que le cayó encima en un torneo en que muchos gentiles-hombres fueron heridos y muertos á golpes de hacha y espada. Un duque de Albania fué muerto en Francia en una igual funcion, segun Octaviano de San Gelais, quien habla de ella en su *Jardin de honor*, y bajo el reinado de Carlos VI hubo otro, únicamente por la gloria de las armas de las respectivas naciones, en la ciudad de Arras, en presencia del duque de Borgoña, entre cinco caballeros franceses y otros tantos borgoñones. Teodoro de Valperge, Potou de Santrailles, Filiberto de Abreci, Guillermo de Bez y el Estendard de Nulli eran del partido de Francia, y Simon de Allain, Pedro Baufremont, el señor de Charni, Juan de Vaudray, Nicolás y Filiberto de Menton sostenian el del duque de Borgoña. Las lanzas se servian á los franceses por un caballero llamado Alardino de Mousay, y á los borgoñones por el señor Juan de Luxemburgo. El combate se verificó en la calle Mayor, en un parque preparado al efecto, cuidadosamente enarenado, en medio del cual se levantó una barrera doble para que los caballeros no chocasen unos con otros en la carrera. Las justas duraron cinco dias, y la fortuna quiso en esta ocasion que no hubiese mas heridos que Filiberto de Abreci y el Estendard de Nulli, que lo fueron en el rostro.

Se lee en la Historia de España que don Juan de Pimentel, conde de Mayorga, se halló en muchos torneos en que consiguió fama: aprendió con gran cuidado estos ejercicios, y principalmente el del hacha para combatir contra los extranjeros, y habiendo hecho armar de todas armas á Lope de la Torre, su escudero, para ensayarse con él, éste le dió en el rostro tan fuerte golpe, que murió poco tiempo despues.

Don Alvaro de Luna en el torneo que se verificó en Madrid en celebrad de haberse encargado el rey don Juan II de la gobernacion del reino, salió herido tan gravemente que derramaba sangre en abundancia, en términos que hubo que conducirlo en andas á su casa, de tal modo que segun la crónica «todos pensaron que moriera de aquella herida, ca le sacaron bien veinte é quatro huesos de la cabeza, é veníanle grandes accidentes é muy amenudo.»

Como en otro artículo nos hemos propuesto tratar con estension de los retos, duelos ó desafíos sangrientos, ya se adoptasen como venganza ó satisfaccion de particulares ofensas, ya como medio de investigacion ó probanza, solo trataremos en este de los combates personales que con el

nombre de *Paso de armas* se celebraban por un caballero para hacer alarde de su brio defendiendo un paso en honor y obsequio de su dama, ó bien como satisfaccion pública de un agravio ó cumplimiento de una penitencia impuesta por la señora de sus pensamientos á un caballero hasta que se redimiese á fuerza de empresas, ó le negaba sus favores y correspondencia hasta que la ganase rompiendo lanzas con cuantos esforzados caballeros quisieran justar con él. Entre estas empresas, que tanta analogia guardan con los torneos, es notable por su carácter de actualidad el célebre *Paso honroso* de Suero de Quiñones, caballero leonés de ilustre linaje, el cual había hecho juramento de reconocerse esclavo de una muy noble señora y de llevar al cuello los jueves de cada semana una cadena de hierro como signo de esclavitud, hasta obtener su rescate y el amor de su dama, defendiendo y manteniendo un *paso* contra todos los caballeros del mundo. En su consecuencia escogió para ello el Puente de Orbigo, sito entre Leon y Astorga, en la época que transitaba por el gran número de gentes que iban en romería á Santiago de Galicia por ser año de jubileo. Rogó á nueve campeones de su confianza que le ayudasen á mantener la empresa, y se propuso obtener su rescate rompiendo trescientas lanzas por el asta, con fierros de Milan, contra cuantos caballeros españoles y extranjeros quisiesen combatir. Publicáronse carteles de reto con la anticipacion debida, y tambien el solemne ceremonial y condiciones que habían de observarse, que constaba de veintidos capitulos. Era uno de los principales que toda señora noble que por allí pasase, si no llevaba caballero que hiciese armas por ella, perderia el guante de la mano derecha. Otro era: que todo caballero que llegase al *paso* mantenido por él, no podria seguir adelante sin hacer armas ó dejar en prendas alguna de las que llevase, ó mejor aun la espuela derecha, hasta que acometiese algun fecho de tanto peligro ó más que aquel. Estos capitulos pueden dar una idea de los demás. Cumplido el plazo, se hizo el palenque, levantáronse las tiendas y estrados, se nombraron y colocaron los jueces, y Suero y sus nueve mantenedores entraron en la liza acompañados de gran número de reyes de armas, farautes, trompetas, ministriles, escribanos, armeros, herreros, cirujanos, médicos, carpinteros, lanceros, sastres, bordadores, y otros oficiales que se juzgaron necesarios. Obsérvese todo lo preceptuado en el ceremonial, y se dió principio á las carreras, que tanto Suero de Quiñones como sus nueve compañeros sostuvieron valerosamente durante treinta dias, los quince anteriores y quince posteriores á la fiesta del apóstol Santiago de 1434. Se presentaron en este tiempo sesenta y ocho aventureros, españoles, portugueses, franceses, italianos, alemanes y bretones. Se corrieron setecientos veinte y siete carreras, en las que se rompieron ciento diez y seis lanzas, sin llegar á las trescientas por no alcanzar el tiempo y falta de justadores que las corriesen.

Don Beltran de la Cueva en el principio de su privanza, preparó é hizo un paso de armas cerca de Madrid en el sitio donde hoy se alza la Puerta de Hierro, con el motivo y circunstancias siguientes.

Habiendo el duque de Bretaña mandado una solemne embajada á don Enrique IV, con objeto de estrechar la union y amistad entre ambos soberanos, quiso el rey obsequiar al embajador, haciendo al mismo tiempo ostentacion y alarde de la riqueza y magnificencia de su corte. Para esto hizo disponer unas espléndidas fiestas en la casa de campo del monte del Pardo. Tres dias pasaron en justas, torneos, monterías y banquetes, y el cuarto en que los reyes y la corte

AÑO XXIII. 9.

debían regresar á la villa, el jóven don Beltran de la Cueva, hidalgo generoso y galan esmerado, defendió el *paso* ya citado por el cual tenían que pasar todos los que regresasen del festin y sitio real. Los gentiles-hombres que acompañaban damas no podían atravesar el camino sin hacer seis carreras, ó de lo contrario dejar el guante derecho. En un arco de madera fabricado á prevención habia puestas muchas letras de oro de perfecta labor, y el caballero que rompía tres lanzas tomaba del arco la inicial del nombre de su dama. Durante todo un dia defendió don Beltran, solo contra todos y cada uno en particular, la singular belleza de su dama, sin revelar el nombre de su señora, aunque no faltaron maliciosos que sospechasen era la reina á quien el hidalgo dedicaba sus obsequios. El rey gustó tanto de este paso de armas, que mandó edificar en aquel paraje un monasterio de gerónimos, que se tituló *San Gerónimo del Paso*.

Volvamos á los torneos propiamente dichos.

En el año de 1500 hubo uno de guerra mortal entre siete gentiles-hombres de la reina Ana, y otros siete del rey Luis XII, su marido, el dia 22 de mayo, al regresar la reina de Borgoña adonde habia ido á tener en las pilas bautismales á un hijo del príncipe de Orange. El infante de Navarra, hermano del conde de Foix, y los señores Avennes, de Bonneval, de la Rochepot, de las Barres, de Verdusant y de Ravet, llamado Pocquedenare, fueron del partido del rey: los señores de la Roche de Bretagne, de Chatillon, de Fremette, de Saint Amadour, Francisco Cours, Mangiron, y el jóven Camicant, formaban el bando de la reina. El rey estaba sobre un tablado acompañado del conde de Foix, del príncipe de Orange, del conde de Dunois, del duque de Albania, de los mariscales de Rieux y de Gie y de algunas otras personas distinguidas. La reina se colocó en otro igual donde la asistían la princesa de Tarento, la condesa de Gayace, la señorita de Candale y otras damas de notable hermosura, que contribuyeron mucho al esplendor de este grande espectáculo. El infante de Navarra fué herido en el rostro; el señor de Chatillon corrió con tanta fuerza y velocidad, que dejó un pedazo de su lanza en el brazo derecho de Pocquedenare, y casi fué milagro que no hubiesen ocurrido mas desgracias.

En 1507 hubo en Milan otro torneo delante del rey Luis XII. Se combatía en línea á tiro de lanza con la pica de Suiza, á estocadas y tajos de espada, y sin barrera á la pica, á tajo de espada y al hacha. El señor Galeas de San Severino, caballero mayor de Francia, mantenía el paso de armas en el lugar del castillo de Milan con otros siete lombardos y franceses que se ensayaban allí. Los mas señalados fueron: Gaston conde de Foix, sobrino del rey, Gui, señor de Laval, el jóven Candale, Francisco Mangiron, Juan de Chandion, Guillermo de la Hyta y Luis el Ermitaño. Los lombardos no tuvieron fortuna, recibieron grandes heridas; sus arneses fueron destrozados completamente en muchas partes, todo el campo se enrojeció de sangre, y si el rey no hubiera detenido con un grito el brazo de Chandion, allí muriera Galeas, á quien asestó un terrible golpe que le hizo dar con las manos en tierra.

En Paris en el mes de junio del año 1549, Enrique II publicó un hermoso torneo en celebridad de su entrada en la capital acompañado de Catalina de Médicis, su esposa; y no solamente fué bello, sino feliz, y el mismo rey y los príncipes de Vendome consiguieron grandes aplausos y gloriosa celebridad; pero el que hizo despues para celebrar los casamientos de madama Isabel de Francia, su hija, con el rey

de España, y de madama Margarita de Francia, su hermana, con el duque de Saboya, fué muy extraordinario y funesto. Quiso ser el jefe de las cuadrillas con Francisco de Lorena, duque de Guisa, y el príncipe de Ferrara se resolvió á sostener el paso con él por espacio de tres dias con la lanza, con la pica y con la espada. El rey fué feliz el primer dia, pero el segundo dió mucho que sentir á la Francia. Aunque le suplicó la reina, por medio del duque de Saboya y del señor de Monmorency, que no corriese mas, su resolución fué mucho mas fuerte que todos los consejos que se le dieron; y cuando se vió fuertemente estrechado por las instancias de su esposa, envió á decirla que únicamente correría por ella una lanza. Para ser fiel á su promesa y cumplir su fatal destino, obligó al conde de Montgommery á correr contra él, sin que le valiesen las excusas que dió, ó por temor, ó por presentimiento, ó por respeto, y habiéndole tocado el conde en la coraza con la lanza, se hizo ésta astillas dando una de ellas en la visera del rey, y penetrando por uno de sus ojos hasta lo interior del cerebro, murió de la herida á los once dias en 10 de junio de 1559, despues de haber vivido cuarenta y dos años y reinado trece.

Con la muerte desgraciada de este soberano y el uso general de las armas de fuego, concluyó la afición y necesidad de esta clase de espectáculos, de los que no se vuelve á hablar sino como parodia ó pantomima; débil reflejo de los rudos y magníficos siglos anteriores.

Para completar este ligero resumen haremos mencion de otras muchas empresas de la misma índole, á pesar de haber hablado de ellas en lo perteneciente á España.

Olivier de la Marche, en el libro primero de sus memorias, trata de un paso de armas en un lugar llamado el Arbol de Carlo-Magno, que sostenían trece caballeros de la casa de Borgoña contra todos cuantos venían, y habla de otros dos, de los cuales uno mantenía el señor de Haubourdin, bastardo de Saint Paul, junto á Saint Omer, y el otro en Borgoña, Santiago de la Lalain. Pocos habrá que no hayan oído hablar del paso dispuesto en Lyon por el señor Claudio de Vaudre, gentil-hombre del duque de Borgoña, en donde el caballero Bayardo adquirió tanta fama saliendo de paje, á vista del rey Carlos VIII. Tenemos la empresa de trece caballeros que llevaban por divisa en su escudo verde la dama Blanca; en cuyo bando estaban Carlos de Albret y el mariscal de Boucicaut, el año 1400, y la historia menciona otra de Antonio de Arces del Delfinado, seguido de otros tres caballeros para correr con armas muy afiladas, templadas y aceradas hasta que se quebrasen, rompiesen ó se hubiesen perdido lanzas, y pasadas las carreras cada uno debía echar mano al estoque ó á la espada, dando tajos y estocadas, debiendo combatir hasta que uno de ellos saliese del palenque ó se rindiese.

No todos los espectáculos que hemos procurado reseñar fueron sangrientos; muchos hubo que solo se hicieron notar por su magnífico esplendor, galante caballerosidad é instrucción guerrera que á la juventud proporcionaban; mas adelante trataremos de otro género de combates en que á la virtud se llama afeminación, el crimen se considera como cualidad de las grandes almas, y al homicidio se le erigen altares solo debidos á la justicia, que al presenciar tal extravío en las ideas se cubrió la cabeza con su manto, asistiendo al sacrificio del derecho, pero ciega, envuelta en las tinieblas, como Agamenon á la muerte de su hija.

DIONISIO CHAULIÉ.